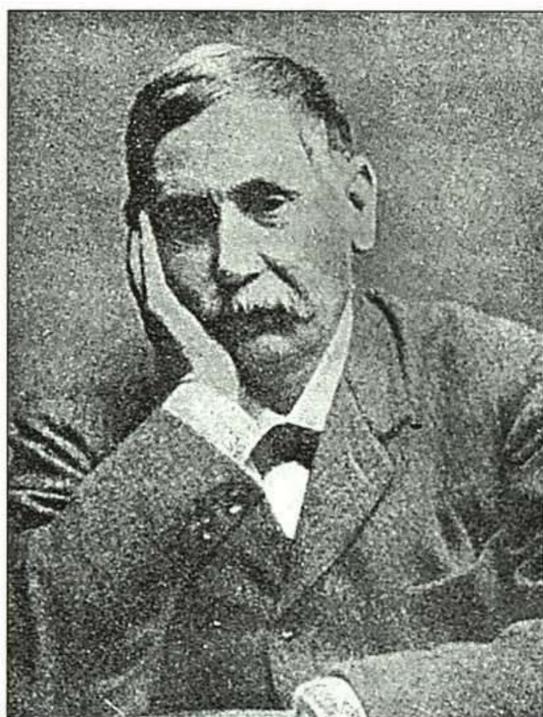


La biblioteca de don Cayetano Polentinos

Emilio Pascual*

DOÑA PERFECTA

PRIMERA EDICIÓN: 1876



Benito Pérez Galdós
(1843-1920)

Del legislador espartano Licurgo heredó Pedro Lucas el apodo, aunque no la tendencia a la hipérbole. El tío Licurgo, ponderando las dimensiones de la biblioteca de don Cayetano, la describió como «una biblioteca más grande que la catedral». Si tenemos en cuenta que, en el siglo XVI, el maestro López de Berganza, racionero de la catedral, la había llamado *pulchra augustiana*, quizá podamos hacernos una idea de la magnitud y hermosura de la biblioteca.

«El distinguido erudito y bibliófilo» don Cayetano Polentinos tenía su biblioteca en Orbajosa, la antigua *Urbs augusta* —cuya rima con *Vetusta* quizá solo se deba al azar del latín—, pero «solía hacer excursiones a Madrid cuando se anunciaba almoneda de libros procedentes de la testamentaria de algún *buquinista*». Las pasiones y vanidades que todo ser coloca donde las circunstancias o el destino lo inclinan, él las había orientado hacia su «pasión bibliómana, el amor al estudio solitario, sin otra ulterior mira y aliciente que los propios libros y el estudio mismo». Su mesa de estudio «aparecía cubierta por innumerables papeles» llenos de notas, apuntes y referencias.

La biblioteca de don Cayetano Polentinos contenía «maravillas, verdaderas

maravillas, tesoros inapreciables, rarezas» que solo él poseía. Entre ellas, el *Métrico encomio, fúnebre canto, lírico elogio, descripción numérica, gloriosas fatigas, angustiadas glorias de la Reina de los Ángeles*, de «un tal Mateo Díaz¹ Coronel, alférez de la Guardia», impreso en Valencia en 1709. Era «un preciosísimo ejemplar», que según don Cayetano valía «un Perú».

Hacia 1874 Pepe Rey, «que era joven y de buen ver», le llevó «un mundo de libros», entre los que figuraba uno de título desconocido, previsiblemente impreso en el siglo XVI, aunque don Cayetano se lamentaba de que no le hubiera conseguido la edición de 1527. Suponemos que poco después conseguiría otra rareza de 1562, encontrada «entre los libros de la testamentaria de Corchuelo». Debía de tratarse de un ejemplar harto raro con un caprichoso colofón: «un casco con emblema sobre la palabra *Tractado*, y la X de la fecha MDLXII» con «el rabillo torcido»; suponemos que lo conseguiría, pues estaba decidido a adquirirlo «a cualquier precio». De ningún libro más se hace mención explícita, aunque sabemos que había un *Augusto Nicolás* —cuyo recuerdo tiene un no sé qué y sí sé qué de irónico e irreverente—², además de una *Historia de los concilios de la Iglesia*. También estaba



BIBLIOTECAS IMAGINARIAS

allí el *Tractado de las diversas suertes de la Gineta*, de cierto orbajosense ilustre, y es seguro que habría un ejemplar de la *Floresta amena*, de Alonso González de Bustamante, pues don Cayetano lo citaba como autor de una marmórea frase en honor de los orbajosenses, a saber: «que los habitantes de Orbajosa bastan por sí solos para dar grandeza y honor a un reino». González de Bustamante se equivocaba en cambio al sostener que el autor del *Métrico encomio* descendía de los Burguillos y no de los Guevaras.³ No tengo noticia de que este Bustamante fuera un antepasado de David.

Es facultad del historiador ordenar los materiales de que dispone, pero siempre nos asaltará la duda de por qué una biblioteca como la de don Cayetano, calificada como «una de las más ricas bibliotecas que en toda la redondez de España se encuentran» —sólo comparable con la de Menéndez Pelayo, según Benito Madariaga—, fue descrita con tan poco detalle, cuando se detuvo con tanto pormenor en la de don Inocencio, canónigo y Penitenciario de la Catedral. Era también «una rica y escogida biblioteca», encerrada en un «enorme estante de roble». Allí convivían «Horacio el epicúreo y sibarita, junto con el tierno Virgilio, en cuyos versos se ve palpitar y derretirse el corazón de la inflamada Dido; Ovidio el narigudo, tan sublime como obsceno y adulator, junto con Marcial, el tunante lenguaraz y conceptista; Tibulo el apasionado, con Cicerón el grande; el severo Tito Livio, con el terrible Tácito, verdugo de los césares; Lucrecio el panteísta; Juvenal, que con la pluma desollaba; Plauto, el que imaginó las mejores comedias de la Antigüedad dando vueltas a la rueda de un molino; Séneca el filósofo, de quien se dijo que el mejor acto de su vida fue su muerte; Quintiliano el retórico; Salustio, el pícaro que tan bien habla de la virtud; ambos Plinius, Suetonio y Varrón; en una palabra, todas las letras latinas, desde que balbucieron su primera palabra con Livio Andrónico, hasta que exhalaban su postrer suspiro con Rutilio».

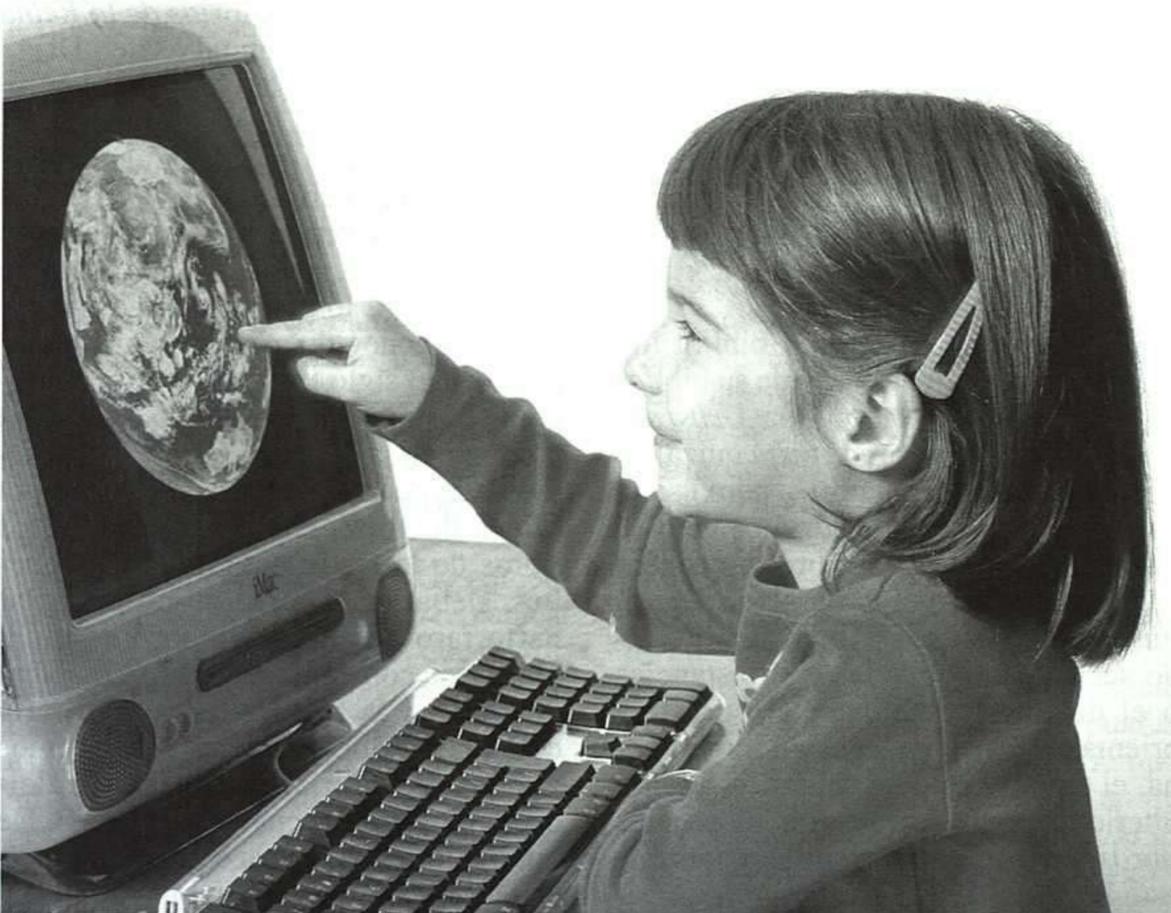
Ante tantas y tan selectas lecturas es lícito preguntarse si sus poseedores no supieron impedir el asesinato de Pepe



Un segle d'escola a Barcelona

Acció municipal i popular.
1900 - 2003

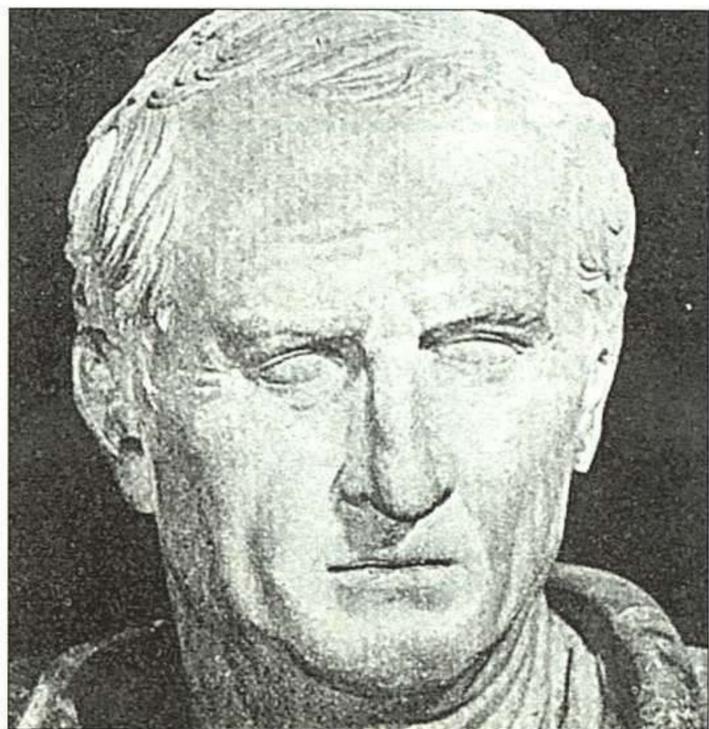
Exposició. 17 - 12 - 2003 / 22 - 02 - 2004
Museu d'Història de la Ciutat. Casa Padellàs. Plaça del Rei.



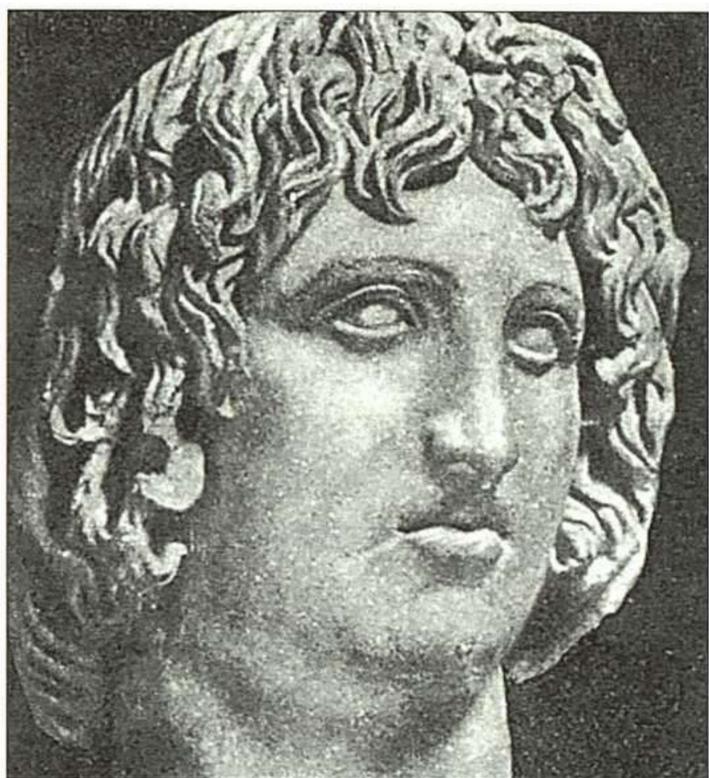
Ajuntament  de Barcelona

www.bcn.es

 educació



Cicerón.



Publio Virgilio Marón.

Rey, o es que todo debe acabar así, «porque todo concluye de tejas abajo». Pero, como es evidente que en la biblioteca de don Inocencio no podía faltar una *Vulgata*, prefiero la explicación de cierto versículo de Mateo: *Bonus homo de bono thesauro profert bona, et malus homo de malo thesauro profert mala* (12,35): El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas, y el malo, del tesoro malo

saca cosas malas. Aún podríamos preguntarnos si es cierto que donde está el tesoro está el corazón, o más bien donde el corazón, el tesoro. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. O tal vez Díez, según consta en una carta del propio don Cayetano escrita desde Barcelona el 1

de junio, con toda probabilidad, de mil ochocientos setenta y cinco.

2. Se trataría de algunas de las muchas obras que, en defensa del cristianismo, escribió el magistrado bordelés Jean Jacques Auguste Nicolas (1807-1888). Sus obras fueron traducidas muy pronto al español, y no sería desatinado pensar que influyeron tanto en don Cayetano como en los pensadores católicos del XIX.

3. Quizá pretendía emparentarlo con el Licenciado Tomé de Burguillos, como Lope de Vega descendió de Bernardo del Carpio.

